

La socialización primaria

El proceso ontogenético por el cual las personas llegan a incorporar y compartir con el resto de los miembros de una sociedad el conjunto de sus significados culturales, se denomina socialización, que puede definirse como la introducción amplia y coherente de un individuo en el mundo objetivo (cultura) de una sociedad o en un sector de él. La socialización primaria es la primera por la que el individuo atraviesa en la niñez; por medio de ella se convierte en miembro de la sociedad. La socialización secundaria es cualquier proceso posterior que introduce al individuo ya socializado a nuevos sectores del mundo objetivo de su sociedad (Berger y Luckmann). Veamos los rasgos más característicos de esta socialización primaria.

1. Es la más importante para el individuo, y, en cada caso, a ella debe asemejarse toda socialización posterior.

2. Aunque se va a interiorizar la cultura de una sociedad o grupo, «en general», esto va a tener lugar de manera particular, puesto que el encuentro con la cultura de la sociedad va a tener lugar a través de un proceso mediatizado por «otros significantes» (personas con un significado especial para mí) concretos (normalmente el grupo familiar) que le dan un cierto carácter «particular» porque nos «filtran» o mediatizan esa cultura general, seleccionando sus aspectos sobre todo según la situación que ocupan dentro de la estructura social (clase, género...) y también en virtud de sus idiosincrasias (maneras de ser) individuales biográficamente arraigadas.

3. Es siempre mucho más que un puro fenómeno cognoscitivo. La afectividad desempeña un papel fundamental. La intensa carga emocional del momento hace posible la formación de «otros significantes» que no son sino personas con las que, por su valor afectivo, se tiene una estrecha relación que hace posible la comunicación y el intercambio de significados culturales, por lo que se convierten en especialmente influyentes dentro de la dinámica de la socialización.

4. Así surge el mecanismo de la identificación que tiene un doble contenido: a) el otro signifiante se convierte en modelo imitado y obedecido, en sus comportamientos, valores, órdenes; y b), por la relación afectiva establecida la imagen que de mí el otro me refleja, y que de alguna manera se relaciona con la aceptación y acomodación a sus exigencias de

imitarle y obedecerle, se convierte en el elemento fundamental a partir del cual se empieza a construir mi propia identidad (Cooley y G. H. Mead). En otras palabras, el yo es una entidad reflejada, porque refleja las actitudes que primeramente adoptaron para con él los otros significantes; el individuo llega a ser lo que los otros significantes lo consideran.

Hay que tener en cuenta que esto no es un proceso mecánico ni unilateral; implica una dialéctica entre la identificación que hacen los otros y la propia autoidentificación, con resultados y equilibrios diferentes según el grado y momento de desarrollo de los sujetos.

5. Lo que interesa destacar es que esta identificación, siendo un mecanismo y experiencia individual y psicológica, tiene un alcance social y produce la socialización. «[...] el individuo no sólo acepta los roles y las actitudes de los otros, sino que en el mismo proceso acepta el mundo de ellos. En realidad, la identidad se define objetivamente como ubicación en un mundo determinado y puede asumírsela subjetivamente sólo junto con ese mundo.» Recibir del otro un reflejo sobre mí como «niño bueno», «valiente» o «niña guapa» y configurar yo mi identidad sobre ese reflejo, implica asumir la manera concreta en la que en ese contexto se define un «niño bueno» o cualquier otro modelo o valor (por ejemplo, ser mujer), es decir, lo que llamamos cultura, y organizar yo sobre ella mi identidad.

Las apropiaciones subjetivas de la identidad, por un lado, y del mundo social, por otro, no son sino aspectos diferentes del mismo proceso de internalización, mediatizados por los mismos otros significantes.

6. La formación del «otro generalizado» es un elemento fundamental en la socialización. Se trata de la formación en la conciencia del niño de una abstracción progresiva que va de los roles y actitudes de otros específicos a los roles y actitudes en general. El niño aprende que no sólo alguien concreto (por ejemplo, la madre) se opone a que rompa alguna cosa (un juguete) en un momento o lugar determinado (el día de Reyes y en su casa), sino que todos se oponen a que rompa cualquier cosa en todos los lugares o momentos. La persona entonces generaliza y descubre la norma: «Hay que ser cuidadoso y cuidar siempre todas las cosas». Y en las normas descubre la sociedad y lo que es ser parte de ella (o vivir en ella).

La formación del «otro generalizado» en la conciencia [...] significa que ahora el individuo se identifica no sólo con otros concretos, sino con una generalidad de otros, o sea, con una sociedad. Solamente en virtud de esta identificación generalizada logra estabilidad y continuidad su propia auto-identificación'. [...] Implica la internalización de la sociedad en cuanto tal y de la realidad objetiva en ella establecida, y, al mismo tiempo, el establecimiento subjetivo de una identidad coherente y continua. La

sociedad, la identidad y la realidad se cristalizan subjetivamente en el mismo proceso de internalización.

La formación del otro generalizado implica la formación de una simetría dentro-fuera, individuo-sociedad. Porque el mundo fuera está organizado con normas de limpieza, yo me hago dentro de mí limpio; y porque yo me he hecho «limpio» exijo limpieza en la sociedad. Sin embargo, esta coincidencia nunca es total, es decir, siempre habrá aspectos en el individuo (por ejemplo, los que tienen que ver con la biología) que no respondan a la sociedad; y en la sociedad también habrá aspectos que no haya internalizado el individuo (en nuestra interacción con los demás continuamente nos estamos encontrando con situaciones y cosas nuevas).

7. Los contenidos de la socialización primaria varían de una sociedad a otra, de una cultura a otra, de una subcultura a otra. Entre ellos ocupa un lugar destacado el lenguaje, cuyo aprendizaje implica el asumir esquemas motivacionales e interpretativos, que configuran programas de conducta y facilitan las elaboraciones teóricas que llevan a aceptar que «las cosas son como son». Por ejemplo, es muy frecuente que nos dirijamos a una niña pequeña con el adjetivo «guapa», mientras que al niño le decimos otra cosa como «valiente» o «fuerte»... O cuando le decimos a la gente que hable «en cristiano», o que haga las «cosas a derechas», o que no vaya como «los gitanos», etc. En todas esas ocasiones se nos enseñan «programas de conducta» (al mismo tiempo que aprendemos y nos apropiamos las palabras).

El carácter de la socialización primaria resulta afectado por la mayor o menos complejidad del orden social que ha de transmitirse.

8. El mundo (primer mundo) que se forma en la socialización primaria (si se ha desarrollado con normalidad) tienen un carácter de firmeza, claridad y de «realidad sin problema» e «inevitable» o necesario, porque no hemos tenido que elegir, sino que nos han sido dados y han sido los primeros. De cualquier forma, el mundo de la niñez está constituido como para inculcar una estructura de orden y seguridad que le infunda confianza en que «todo está muy bien» permaneciendo vivo en nosotros y pudiendo servir de refugio cuando comprobamos que las cosas son en exceso difíciles (la «regresión» del Psicoanálisis).

Creo que desde aquí se puede interpretar el significado de la enigmática palabra «Rosebud» pronunciada por el protagonista de la película *Ciudadano Kane* de O. Welles. Al final de su vida, momentos antes de morir una persona que lo ha conseguido todo (poder, dinero, fama...) para hacer frente a la angustia del momento recurre al recuerdo del trineo con el que jugaba en su niñez, y que aparece en la escena final entre los trastos viejos del desván del palacio para ser arrojado al fuego como uno de tantos,

sin que nadie llegue a descifrar el significado de la misteriosa palabra que todos querían conocer porque consideraban que encerraba el «secreto» del personaje.

El individuo es historia, es biografía... las experiencias y sus resultados permanecen constituyéndonos y desde eso interpretamos las nuevas situaciones. El pasado y la historia como experiencias concretas vinculadas a contextos sociales permanecen en nosotros y desde ellos interpretamos, disentimos y nos construimos.

9. La socialización es un proceso que dura toda la vida. No acaba nunca. Sin embargo, consideramos que con la formación del otro generalizado ha acabado la socialización primaria, aunque no está nunca totalmente cerrada. Hay otros tipos de socialización: la secundaria.

La socialización secundaria

La complejidad de la sociedad (procesos de división del trabajo y del conocimiento), hace necesarias las socializaciones secundarias. El grado de esa complejidad va a determinar el alcance de éstas.

La socialización secundaria es la adquisición del conocimiento específico de roles, estando éstos directa o indirectamente arraigados en la división del trabajo. La inserción en la sociedad la realizamos a través de un trabajo o «profesión», cuya preparación es un ejemplo claro de socialización secundaria.

La socialización secundaria requiere la adquisición de vocabularios específicos de «roles», lo que significa, por lo pronto, la internalización de conjuntos de significaciones que estructuran interpretaciones y comportamientos de rutina dentro de un área institucional. Al mismo tiempo se adquieren elementos no explícitos o informales de esos conjuntos de significados, tales como comprensiones tácitas, evaluaciones y coloraciones afectivas de los mismos. Por ejemplo la «socialización profesional» del profesor implica el aprendizaje de vocabularios que constituyen su actividad profesional (programación, evaluación, didáctica, etc.), lo cual implica la adquisición de significados, actitudes, sentimientos... acerca de la utilidad, nobleza, valor social, posibilidades de realización personal, etc. del mundo de la educación.

Se internalizarán pues, algo así como «submundos», con un carácter de «parte» de la realidad.

Existe una gran variabilidad histórico-social en los planteamientos de las socializaciones secundarias. Porque en los universos simbólicos de cada

sociedad, los «cuerpos de conocimiento» ocupan diferentes «estatus», lo cual puede estar condicionado por el grado de complejidad y el desarrollo histórico de esa sociedad.

La característica fundamental de la socialización secundaria es que presupone la realidad resultante de la primaria, con la que ha de encajar y lograr coherencia.

Si en la primaria, la afectividad y la identificación en consecuencia, tenían un papel central, no ocurre aquí lo mismo, y no se precisa más afectividad ni identificación de la normal en cualquier comunicación humana. Hay que «amar» a los padres, pero no a los profesores de la universidad.

Los «otros significantes» de la secundaria no nos aparecen como representantes de «la realidad» sino como «representantes» de significados institucionales específicos. Comportan un alto grado de anonimato (vale decir que se separan fácilmente de los individuos que los desempeñan). Y son, por tanto, intercambiables.

La consecuencia más importante de todo lo anterior es que los contenidos de la socialización secundaria tienen una [...] inevitabilidad subjetiva mucho menor que la que poseen los contenidos de la socialización primaria. Por lo tanto, el acento de realidad del conocimiento internalizado en la socialización secundaria se descarta más fácilmente. Así, un niño no desobedece a sus padres sin cierto problema, mientras le es fácil al estudiante universitario «pasar» de las exigencias de su profesor y poner en duda los conocimientos que le transmite.

De ahí que el carácter de realidad de estos contenidos deba ser reforzado por «técnicas específicas», que tienen como función hacérselos sentir al individuo como algo «familiar». La realidad de la primaria aparece como «lo natural», en relación con lo cual todo lo demás cobra un carácter de «artificial». Así, por ejemplo, resultara más difícil interesar en los aspectos clave de la cultura culta o académica a personas que no se han familiarizado con ella en su socialización primaria, normalmente en el medio familiar, porque viven en medios desprovistos o empobrecidos (o explotados) culturalmente, si no es a base de fuertes experiencias biográficas, lo cual es difícil en las actuales condiciones de anonimato y masificación propias de la enseñanza universitaria.

Socialización y libertad individual

En el proceso de socialización, al mismo tiempo que se aprende e interioriza la cultura de la sociedad a la que pertenecemos, se configura la

personalidad o identidad, incluso como realidad única e irrepetible, de los individuos. No se trata de negar la libertad y la responsabilidad individual, sino de conocer mejor lo que somos las personas: siempre y esencialmente también miembros de una sociedad.

Dado que el entorno cultural en el que nacemos y alcanzamos la madurez tiene tanta influencia en nuestro comportamiento, podría parecer que carecemos de individualidad o de voluntad propia. Se podría pensar que simplemente nos acoplamos a unos moldes preestablecidos que la sociedad tiene preparados para nosotros [...] pero esa visión es errónea. El hecho de que desde el nacimiento hasta la muerte estemos inmersos en la interacción con otros condiciona, sin ninguna duda, nuestra personalidad, nuestros valores y el comportamiento que desarrollamos. Pero la socialización es también el origen de nuestra propia individualidad y de nuestra libertad. En el curso de la socialización cada uno desarrolla un sentido de la identidad propio y la capacidad de pensar y actuar de un modo independiente.

Este punto se ilustra fácilmente con el ejemplo del aprendizaje del lenguaje. Nadie inventa el lenguaje que aprendemos de niños, y todos estamos constreñidos por reglas fijas del uso lingüístico. Al mismo tiempo comprender el lenguaje es uno de los factores que hacen posible nuestra autoconciencia y creatividad. Sin lenguaje no seríamos seres autoconscientes y viviríamos más o menos en el aquí y el ahora. El dominio del lenguaje es necesario para la riqueza simbólica de la vida humana, para poder percibir las características individuales propias y para nuestro dominio práctico del entorno (Giddens).